



Una escuadra egipcia desembarcando árboles de alcanfor.—(Pintura mural de un templo de Tebas.)

HISTORIA ANTIGUA DE LOS PUEBLOS DE ORIENTE

por G. MASPERO ⁽¹⁾

LIBRO PRIMERO

EGIPTO HASTA LA INVASIÓN DE LOS PASTORES

CAPÍTULO PRIMERO

El primitivo Egipto.

El Nilo y Egipto.—Origen de los egipcios.—Los nomos.—Egipto prehistórico: dioses y dinastías divinas.—Menes y las dinastías tinitas.

El primer viajero que visitó á Egipto, ó por lo menos, el primero que relató su viaje, que fué Herodoto de Halicarnaso, resumió la impresión producida por aquella comarca maravillosa, en una sola frase, muy popular: «Egipto es el Nilo». Egipto no es más que una faja de terreno vegetal extendida á través del desierto, un oasis alargado á orillas del río y abastecido por éste sin cesar de la humedad necesaria para la vegetación. Hay que verlo en el momento del estiaje, un mes antes del solsticio de verano, para figurarse lo que sería de este país si algún accidente le privara del río que lo alimenta. Dice Obsuru: (2)

«El Nilo se ha estrechado entre sus orillas

(1) G. Maspero, miembro del Instituto y profesor de Lenguas y Arqueología egipcias en el Colegio de Francia, es el director, desde hace años, de las notables excavaciones que se hacen en las ruinas de Egipto.

(2) Obsurn *The Monumental History Egypt*:

hasta reducirse á la mitad de su anchura habitual, y sus aguas turbias, fangosas y estancadas, apenas parece que corren. Bancos chatos ó masas abruptas de barro negro, cocido y recocido al sol, forman ambos ribazos. Más allá, sólo hay polvo y esterilidad, porque apenas deja de soplar el khamsin, viento cargado de arena que dura cuarenta días. Los troncos y ramas de los árboles aparecen á trechos entre la atmósfera terrosa, cegadora, inflamada, pero las hojas están tan cubiertas de polvo, que á poca distancia no se distinguen del desierto que las rodea. Unicamente, á fuerza de riegos trabajosos puede conservarse una apariencia de verdor en los jardines del Pachá. Como primer indicio que anuncia el fin de esta estación terrible, se levanta el viento Norte, el *etesio* de los griegos y sopla con violencia, á veces con furia, durante todo el día. Gracias á él, el follaje de los bosquecillos de que está sembrado el Bajo Egipto, suelta el polvo y recobra el color verde. Los ardores devoradores del sol, entonces en lo más alto de su carrera, se mitigan algo con el viento que reina este mes y los tres siguientes, en todo Egipto.

«Pronto se produce un cambio en el río. El nilómetro del Cairo señala una pulgada ó dos

de subida. Las aguas pierden la poca limpidez y frescura que las convertían en bebida deliciosa, y toman el color verde, glutinoso y tierno del agua salitrosa entre los trópicos, sin que haya habido filtro capaz de limpiarlas de la



Horo de Edfrí.

pulpa nauseabunda y malsana que causa tal alteración. Proviene este fenómeno del *Nilo verde*, de la vasta masa de aguas estancadas que el desbordamiento anual deja en las anchas llanuras arenosas del Sudán, al Sur de Nubia. Después de haber dormido más de seis meses bajo un sol tropical, son barridas por la nueva inundación y se precipitan en el lecho del río. Afortunadamente, este fenómeno no suele durar arriba de tres ó cuatro días, pero aunque este plazo es corto, los desdichados obligados á beber en el Nilo, cuando se encuentra en tal estado, experimentan intolerables dolores en la vejiga. Por eso los habitantes de las ciudades abastecen de agua sus depósitos y cisternas.

»Desde entonces el río aumenta con rapidez en volumen y se enturbia gradualmente, pero pasan diez ó doce días antes de que aparezca el último y más extraordinario fenómeno que presenta el Nilo. Trataré de describir las primeras sensaciones que me hizo experimentar. A mi parecer, acababa una noche larga y abrumadora, cuando me levanté del diván donde en vano había querido dormir, á bordo de la embarcación detenida por la calma en aguas de Beni-suel, en el Alto Egipto. El sol enseñaba la parte superior de su disco por encima de la cordillera arábiga. Me



Horo-evis.

asombró que, cuando sus rayos hirieron el agua, se produjo en seguida un reflejo rojo y brillante. La intensidad del tono no dejó de crecer con la intensidad de la luz, y antes de que el disco se desprendiera completamente de las colinas, el Nilo parecía una balsa de sangre. Sospechando que fuese una fantasía, me levanté á escape, é inclinándome por encima de la borda,

se confirmó mi primera impresión. Toda la masa de agua era opaca, de un rojo sombrío más parecida á sangre que á otra materia cualquiera. Al mismo tiempo, noté que el río había crecido bastantes pulgadas durante la noche

y los árabes me explicaron que aquello era el Nilo rojo. El color y opacidad del agua están sometidos á variaciones constantes, mientras permanece en esa condición extraordinaria. En ciertos días, cuando la crecida no pasa de una pulgada ó dos, las aguas se vuelven medio transparentes, sin perder el tinte rojo. No hay en ello mezcla nociva, como cuando el Nilo

es verde: nunca es el agua más sana, deliciosa y fresca que durante la inundación. Hay días en que la crecida es más rápida y por tanto, mayor el cieno acarreado. Procedí éste del Alto Egipto, de la cantidad arrastrada por cualquier otro río que no conozco, y en más de una ocasión he podido notar que la masa oponía sensible resistencia á la rapidez de la corriente. Un vaso de agua, que recogí entonces y dejé descansar algún tiempo, dió los resultados siguientes: La parte superior del líquido permaneció opaca y de color de sangre, mientras llenaba la cuarta parte del vaso un precipitado de lodo negro. Mucho de este limo se posa antes que la crecida llegue al Egipto Bajo y al Medio, donde nunca he visto en tal estado el agua del Nilo.

»Puede que no exista en toda la Naturaleza un espectáculo más alegre que la crecida del Nilo. Días y noches seguidos, la corriente turbia avanza majestuosamente invadiendo la aridez de las inmensas soledades. Casi hora por hora, mientras subíamos lentamente, empujados por el viento del Norte, oíamos el estrépito producido por la caída de algún bloque de barro, y veíamos por el movimiento de toda la naturaleza animada hacia el hueco donde acababa de sonar el ruido, que el N



Divinidad de Elefantina.



Khnumu modelando el mundo.

había franqueado un nuevo obstáculo y sus aguas iban á esparcir la vida y el júbilo en medio del arido desierto. Pocas impresiones me han dejado un recuerdo tan grato como la causada por la contemplación del Nilo, durante la primera invasión de su desbordamiento anual en uno de los grandes canales. Toda la Naturaleza a grita

de júbilo. Hombres, niños, rebaños de búfalos brincan en sus aguas refrescantes; las anchas olas arrastran bancos de peces, cuyas escamas lanzan relámpagos de plata, mientras se juntan arriba nubes de aves de varios plumajes. Y esta fiesta de la Naturaleza no se restringe á los órdenes más elevados de la creación. Cuando la arena se humedece al aproximarse las aguas fecundantes, se anima literalmente, y pululan en ella millones de insectos. La inundación gana á Memphis ó el Cairo pocos días antes del solsticio de verano, y alcanza su mayor altura y empieza á declinar alrededor de nuestro equinoccio de otoño. Próximamente, cuando es nuestro solsticio de invierno, baja el Nilo, quedándose entre sus orillas y revistiendo su traje de azul claro. En este intervalo se ha hecho la siembra, y se termina cuando la inundación acaba. La siega sigue á la primavera y la cosecha suele recogerse antes de que se levante el khamsin ó viento arenoso. El año de Egipto se divide, pues, naturalmente, en tres estaciones: Cuatro meses de siembra y crecimiento, que

vienen á corresponder á nuestros Noviembre, Diciembre, Enero y Febrero; cuatro de cosecha, que pueden compararse vagamente con los meses entre Marzo y Junio, inclusive; y los cuatro meses ó lunas de la



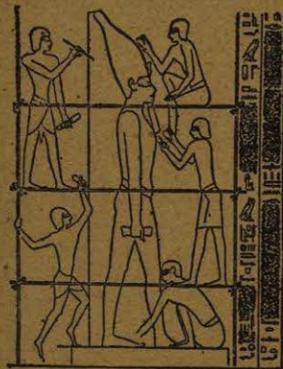
Portadores de ofrendas en un entierro. (De un bajo-relieve)

inundación completan el ciclo del año egipcio.» Los egipcios no conocían las fuentes del Nilo. En vano lo habían recorrido sus ejércitos victoriosos durante semanas y meses persiguiendo á las tribus negras y kurhitas; siempre lo habían encontrado igual de ancho y de lleno, y tan poderoso como en su patria. Menos era río que mar; y mar lo llamaban. Los sacerdotes no se apuraban para explicar su origen. Bajaba del cielo; era en la tierra la imagen de las aguas de arriba, donde flotaban las barcas de los dioses. Según ellos, nacía en Elefantina y Fila, entre las rocas de la catarata, en dos abismos insondables que se llamaban Quarati. Sus inundaciones no eran un fenómeno natural; las causaban las lágrimas de Isis, á las cuales debían su virtud. Y á estas leyendas devotas añadían mil historias maravillosas que creía el pueblo. Contábase, que unos marine-

ros que iban á las minas de Faraón habían acabado, á fuerza de subir la corriente, por desembocar en un mar desconocido que bañaba el país de Puanit. También los mercaderes árabes de la Edad Media creían que aguas arriba se podía ir de Egipto al país de los Zindjos y al Océano Indico. Aquel mar estaba sembrado de islas misteriosas, semejantes á las encantadas que los marinos portugueses y bretones columbraban á veces en las lontananzas del horizonte, y que se desvanecían al aproximarse á ellas. Las poblaban seres fantásticos, crueles á veces con los naufragos, benévolos en otras ocasiones. El que de ellas salía no podía volver; las islas se resolvían en agua y desaparecían en el seno de las ondas. Antes, toda la región de Egipto, llamada hoy Delta, estaba cubierta por el mar: el Mediterráneo bañaba con sus olas el pie de la meseta arenosa dominada por las grandes pirámides, y el Nilo acababa un poco al Norte del sitio donde floreció más tarde la ciudad de Memphis. A la larga, las materias terrosas que trae el río de las montañas abisinias, se



Bayaderas egipcias. (Pintura mural)



Egipcios esculpiendo un coloso.

depositaron formando bancos de lodo en los bajos fondos de la costa y cegaron una parte del golfo: se extendieron en anchas llanuras



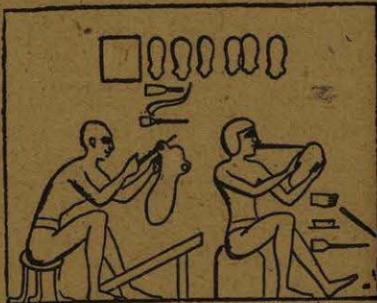
Antiguo carruaje de gala egipcio.

pantanosas, cortadas por estanques, á cuyo través se abrieron paso las aguas. Consolidados por los tributos marinos, constituyeron estos terrenos un primer delta, cuya punta llegaba cerca de Memfis, y sus extremos quince leguas más abajo, en los parajes de Atribis. Después, al proseguir el río su trabajo y al ganar terreno los aluviones, la cordillera de dunas que ribeteaba la margen del primer delta, vió retirarse el mar hacia el Norte y se encontró abandonada tierra adentro, donde sus restos indican á trechos la dirección del litoral antiguo. Desde principios del período histórico, el Nilo había proyectado sus desembocaduras más allá de la línea normal de las riberas próximas. Cerca del pueblo antiguo de Kerkasore se dividía en tres ramas: la Pelusiaca hacia el NE., la Canópica hacia el NO. y la Sebenítica, casi recta, al Norte. Unía entre sí estos tres brazos una red de canales naturales y artificiales, algunos de los cuales iban á parar directamente al mar, y hacían llegar las bocas del Nilo al número de siete y hasta de catorce según las épocas. La llanura triangular que encerraban, cuenta hoy con 23.000 kilómetros cuadrados de superficie, y aún sigue creciendo.

Los sacerdotes que conocían por tradición el estado primitivo de su patria, creían poder determinar con certeza el espacio de tiempo necesario al río para llevar á cabo este trabajo. Contaban á Herodoto, que Menes, primer rey egipcio de raza humana, había encontrado á Egipto casi completamente cubierto por el agua. El mar llegaba más allá del emplazamiento de Memfis, y el resto del país, menos el nomo de Tebas, no era más que un pantano malsano.

Se equivocaban mucho en sus apreciaciones. Sometido el Nilo á desbordamientos anuales, abandona la mayor parte de las materias en los campos ribereños y se empobrece según adelanta, llegando al mar privado de la mayor parte de sus aluviones. Apenas las playas bajas que se van formando en las bocas de los brazos Canópico y Sebenítico crecen de 14 á 16 hectáreas al año, ó sea un metro en todo el frente del Delta. Por estos datos puede calcularse que en las condiciones actuales habría necesitado ciento cuarenta siglos el Nilo para cegar su estuario. Esta cifra parece evidentemente exagerada, porque la invasión de los lodos era antes allí más rápida que ahora, pero de todos modos hay que deducir que no sospechaban los sacerdotes la edad real de la comarca. El Delta existía mucho tiempo antes del advenimiento de Menes y tal vez estuviera ya terminado cuando la raza egipcia pisó por primera vez el valle que fué su morada.

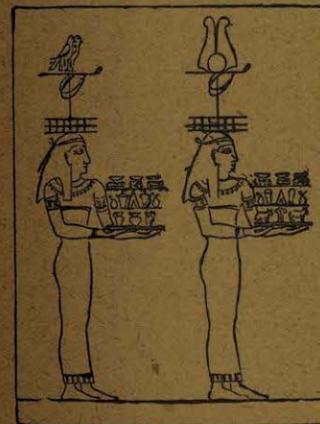
No sólo ha creado el Nilo el suelo egipcio, sino que ha determinado su aspecto general y el género de sus productos. Un valle que brotó del seno de las aguas y que cada año es invadido por ellas, no puede alimentar muchas especies vegetales. Prosperan en él sicomoros, acacias, mimosas, granadas, tamarindos, albaricoques é higueras, y la presencia de la perseá, en los monumentos de la XII dinastía nos demuestra que se equivocó Diodoro al atribuir al persa Cambises la introducción de dicho árbol. Nacen casi sin cultivo dos especies de palmeras, pero ninguna especie europea se alimenta en la parte frecuentada por los antiguos. Las plantas acuáticas se desarro-



Zapateros egipcios. (Pintura de un sepulcro.)

llaban antes con gran lujo de vegetación, y le daban un aspecto característico. No se las solía encontrar á lo largo de los ribazos, pero llenaban canales, estanques, y charcas procedentes de

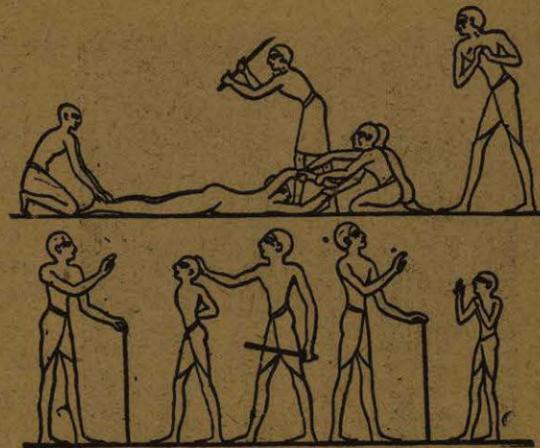
inundación. Las especies más célebres en Europa son el loto y el papiro, por su importancia en la historia, la religión y la literatura egipcia. El papiro gustaba de las aguas mansas del Delta y se convirtió en emblema místico de aquella región. El loto por el contrario fué símbolo de la Tebaida. Los antiguos confundían con el nombre de loto tres especies distintas de ninfas. Dos de ellas dan frutos semejantes á la adormidera. La tercera es descrita muy exactamente por Herodoto, que dice: «Produce un fruto sustentado por un tallo diferente del que sostiene la flor, y que sale de la raíz en la forma pareciéndose á un panal de miel.» En la parte superior lleva veinte ó treinta cavidades, cada una de las cuales encierra una semilla «como un hueso de aceituna, que es comestible fresca ó seca». «También se recolectan—añade el historiador—los brotes usuales del papiro. Después de haberlos arrancado en los pantanos, se les corta la cabeza, que se tira, y lo que queda viene á tener un codo de largo. Se come y se vende públicamente, pero los delicados sólo lo comen cocida al horno.» Tal manjar sólo era una golosina que figuraba en las mesas reales, pues diga Herodoto lo que quiera, el alimento habitual del pueblo consistía en trigo y otros cereales que produce Egipto con abundancia. Otras muchas especies de legumbres nacían naturalmente en los campos, y la viña se criaba muy bien en ciertos distritos del Delta y la Heptanomida. El olivo escaseaba más.



Los distritos 3.º y 4.º del alto Egipto. (De una lista geográfica antigua.)

después de fundarse el reino. En cambio existían varias razas de bueyes de cuernos largos, carneros, cabras y perros. El asno,

de origen africano, conservó en aquel clima favorable una hermosura de formas y un vigor de temperamento que no posee el de

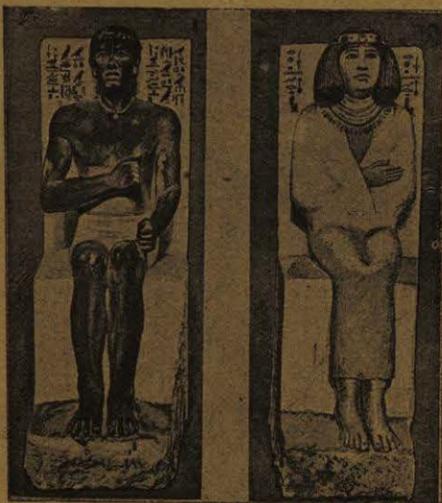


Castigos egipcios. (De un papiro.)

Europa. También había liebres de orejas largas, y muchas clases de antilopes y gacelas, así como gatos monteses, lobos, chacales, hienas, leopardos, guepardos y leones, que, combatidos por el hombre, fueron alejándose hacia el desierto. El hipopótamo y el cocodrilo vivían á orillas del Nilo y constituían un peligro para personas y ganados. Los primeros, muy perseguidos, pronto disminuyeron y se retiraron á los pantanos del Bajo Egipto. El cocodrilo, adorado y protegido en ciertos nomos, execrado y perseguido en otros, se ha conservado hasta nuestros días.

Posee Egipto una gran cantidad de aves, como el águila, el milano, el halcón, el buitre, la corneja, la urraca, la paloma, la tórtola, la perdiz y el gorrión. En los islotes del río viven ibis, pelícanos, cormoranes, ocas y patos. Estos últimos, domesticados de muy antiguo, llenaban los corrales de los súbditos de Menes, cuando las gallinas eran aún escasas. En los brazos y canales del Delta pululan literalmente los peces comestibles, como el salmonete de los pantanos de Pelusia engordado por el loto, el mujol manchado de los estanques artificiales, el mujol ordinario, el oxirínco, la tremielga y la tortuga de agua dulce. La Naturaleza parece que inventó al fahaka en un momento de buen humor. Es un pez alargado que puede hincharse voluntariamente, y cuando, semejante á un globo, no puede con el peso del lomo, da la voltereta y se deja llevar por el agua, con el vientre al aire, y lleno de espinas que le hacen parecer un

erizo. Al retirarse el agua de las crecidas, lo abandona ésta en los campos fangosos, donde es presa de aves y de hombres, y sirve de juguete á



Estatuas de príncipes egipcios.

los niños. Muchos peces del mar frecuentan las bocas del Nilo para desovar en agua dulce, mientras los de río van á desovar en agua salada.

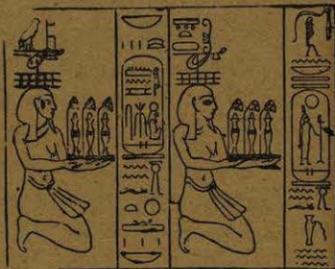
En Egipto, pues, todo lo reglamenta el Nilo, tanto el terreno como los productos, las especies de animales que lo habitan, y de aves que él alimenta. Los egipcios lo entendían así y le estaban muy agradecidos. Consideraban al Nilo como á un dios, llamado Hapi, cuya beneficencia admiraban, y al cual decían (según el Papyrus Sallier, II.): «Salud, oh Nilo, que te manifiestas en la tierra, y vienes en



Un dios infernal sacando el corazón á una momia.

pos á dar vida á Egipto, tú que ocultas tu paso entre las tinieblas el mismo día en que se celebra tu paso: onda que te derramas sobre los vejeles que creó el sol para dar vida á cuanto

siente sed, pero que te niegas á humedecer el desierto con la inundación de los cielos. En cuanto bajas, Gabu, dios de la tierra, se llena de los panes, Napri ofrece granos, Phtah hace prosperar los talleres. Señor de los peces, en cuanto has salvado la catarata ninguna ave invade los campos. Creador del trigo, productor de la cebada, perpetúa la existencia de los templos. ¿Dejan de trabajar tus dedos ó padeces? Entonces quedan en la miseria millones de seres. ¿Decreces en el cielo? Entonces perecen los hombres y los mismos dioses, los rebaños se enloquecen, y toda la tierra (grandes y pequeños) sufretormentos. En cambio, si atiende á las plegarias de los hombres, crece y se hace para ellos Khnumu, dios creador. En cuanto se levanta, la tierra grita de alegría, todo vientre se regocija, la risa sacude toda espalda, y todos los dientes mascan. ¡Oh, tú que traes las provisiones y eres rico en alimentos, creador de todas las cosas buenas, dueño de todas las simientes de vida, agradable á todos los elegidos! Si llegas oportunamente, produces forraje para el ganado, provees á los sacrificios de todos los dioses, y el mejor incienso es el



Representaciones del 1.º y 2.º distrito del Alto Egipto. (De una lista geográfica antigua)

que tú sabes dar. Se apodera de ambas comarcas, y se llenan los graneros, se colman los depósitos, se multiplican los bienes de los pobres. Hace dichosos á todos, según los deseos de cada cual, sin negarles nada. No se esculpe la piedra para él, ni las estatuas que llevan doble corona; no se le ve, ni se le dan tributos, ni ofrendas; no se le atrae con palabras misteriosas: se ignora dónde está y no hay libro mágico que enseñe su retiro, no hay casa bastante ancha para él, ni persona que penetre en su corazón. Sin embargo, las generaciones de tus hijos se gozan en ti, porque reinas como un rey cuyos decretos obedece toda la tierra, como un dios que se manifiesta en presencia de los pueblos del Norte y del Sur, que bebe el llanto de todos los ojos y prodiga la abundancia de sus bienes.»

Origen de los egipcios: los nomos.

Parece que muy pronto perdieron los egipcios el recuerdo de su origen. No se sabe si vinieron del centro de Africa ó del interior de Asia. Según testimonio casi unánime de los antiguos historiadores, pertenecían á una raza africana, que, establecida al principio en Etiopía, junto al Nilo Medio, debió de ir bajando hacia el mar, siguiendo el curso del río. Apoyábanse los historiadores en las analogías evidentes que las costumbres y religiones del reino de Meroe presentaban con las de

tre Memfis y la primera catarata. Esta tradición, que trae á los egipcios desde Asia por el istmo de Suez, no era ignorada de los autores clásicos, porque Plinio el Antiguo, atribuye á los árabes la fundación de Heliópolis; pero nunca fué tan popular como la opinión que los derivaba de las altas mesetas de Etiopía.



El dios Beq.

En nuestros días, la procedencia y las afinidades etnográficas de la población, han originado hondas discusiones. Los viajeros de los siglos XVII y XVIII, engañados por la apariencia de ciertos coptos bastardeados, aseguraron que sus antecesores de la Edad Faraónica tenían cara hinchada, ojos salientes, nariz aplastada, labios carnosos y presentaban muchos de los rasgos característicos de la raza negra. Este error, vulgar á principios de siglo, desapareció para siempre en cuanto pu-



Una columnata de Tebas.

blicó su grande obra la Comisión francesa. Al examinar las innumerables reproducciones de estatuas y bajo relieves de que está llena, se vió que el pueblo figurado en los monumentos, lejos de ofrecer las particularidades ó aspecto general de los negros, tenía más analogía con las hermosas razas blancas de Europa y de Asia Occidental. Hoy, después de un siglo de investigaciones y excavaciones, podemos evocar sin dificultad, no al contemporáneo de Sesostris y Psamético, los egipcios propiamente dichos. Hoy está fuera de duda que Etiopía (á lo menos la conocida por los griegos), lejos de haber colonizado á Egipto en los comienzos de la Historia, fué colonizada por éste, á contar desde la duodécima dinastía, y que estuvo comprendida siglos enteros en el imperio de los Faraones. Afirma además la Biblia, que Mizraim, hijo de Cam, hermano de Kouhs el Etíope y de Canaán, vino de Mesopotamia para establecerse á orillas del Nilo con sus hijos. Ludim, el mayor de éstos, personifica á los egipcios propiamente dichos, ó sea á los Roton ó Romiton de las inscripciones jeroglíficas, Anamim representa á la gran tribu de los Oun, que fundó á Oun del Norte (Heliópolis) y á Oun del Sur (Hermonthis) en los tiempos antehistóricos. Lehabim es el padre de los libios que viven al Oeste del Nilo. Naphtuhim se estableció en el Delta al Norte de Memfis, y Pathrousim (Patosiri, la tierra del Mediodía) habitó el actual Saïd, en-



Estatua egipcia de los primeros tiempos.

bles. En nuestros días, la procedencia y las afinidades etnográficas de la población, han originado hondas discusiones. Los viajeros de los siglos XVII y XVIII, engañados por la apariencia de ciertos coptos bastardeados, aseguraron que sus antecesores de la Edad Faraónica tenían cara hinchada, ojos salientes, nariz aplastada, labios carnosos y presentaban muchos de los rasgos característicos de la raza negra. Este error, vulgar á principios de siglo, desapareció para siempre en cuanto pu-

sino al de Khéops que contribuyó á la construcción de las pirámides. Basta con entrar en un museo y examinar las estatuas de estilo antiguo. A la primera ojeada se advierte que el artista ha buscado en la cabeza y los miembros, el parecido exacto con el modelo, y después de dejar aparte los pormenores propios de cada individuo se ven fácilmente los caracteres generales y los tipos principales de la raza. El tipo pesado y rechoncho corresponde á uno de los que predominan aún

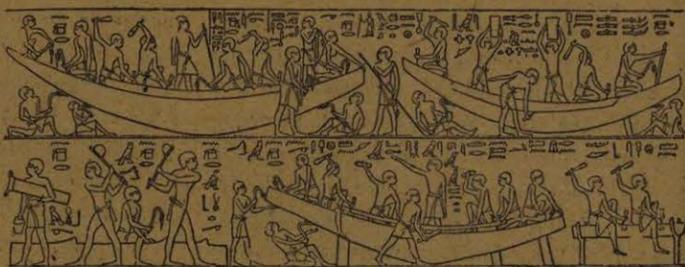
hoy entre los fellahs actuales. El otro, perteneciente á las altas clases, nos presenta un hombre alto, delgado y esbelto, de anchos hombros, pectorales salientes, brazos nerviosos, y redondos, con manos finas, caderas poco desarrolladas, piernas secas, detalles anatómicos de la rodilla y músculos de las pantorrilla bastante desarrollados, como en todos los pueblos andadores, y pies largos, delgados, achatados en el extremo por la costumbre de no calzarse. La cabeza, demasiado robusta á veces para el cuerpo, reviste una expresión dulce y de tristeza instintiva. La frente es cuadrada y algo baja, la nariz corta y carnosa, los ojos grandes, las mejillas redondas, los labios gruesos, pero no doblados hacia fuera; la boca, demasiado larga, tiene sonrisa resignada y casi dolorosa. Estas facciones, comunes á las estatuas del imperio antiguo y medio, se perpetúan en to-



Pintura mural de un sepulcro.

das las épocas. Los monumentos de la dinastía XVIII, las esculturas saítas y griegas, inferiores en belleza artística á los de las dinastías antiguas, se transmiten el tipo primitivo

sin alteración notable. Hoy, aunque las clases superiores se han desfigurado por cruzamientos con extranjeros, los campesinos suelen



Un astillero egipcio.

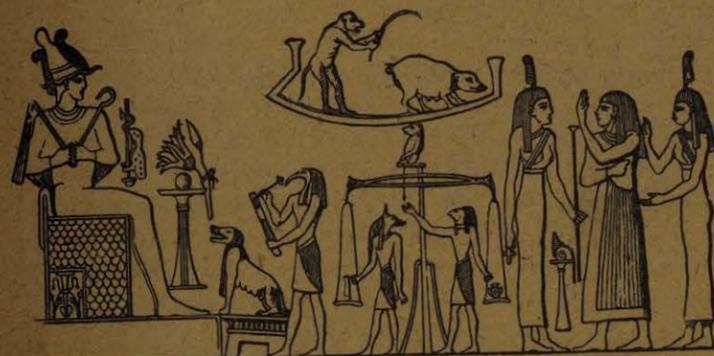
En el centro de la primera barca de arriba, el director, con el largo palo que llevan los nobles en la mano, está vigilando los trabajos.

conservar el tipo de sus antepasados, y hay fellah que lleva á través del Cairo la fisonomía de aquellos viejos Faraones que vivieron hace cuatro mil años.

En cambio, el origen de los elementos de la población es muy obscuro. La mayoría de los filólogos contemporáneos hace residir su cuna en el Asia Occidental, pero sin ponerse de acuerdo sobre el camino que debieron de seguir para llegar á Africa. Algunos creen que emprendieron el más corto, ó sea el del istmo de Suez, pero otros les atribuyen trayectos más largos é itinerarios más complicados, creyendo que siguieron el estrecho de Bab el Mandeb y las montañas de Abisinia, bajando el Nilo é instalándose entre la primera catarata y el mar. La hipótesis de un origen puramente asiático, hace surgir dificultades considerables, porque bajo el aspecto anatómico, la mayor parte de la población ofrece los caracteres de las naciones blancas - establecidas de antiguo en las vertientes mediterráneas del continente líbico, y que quizá llegaron de la Europa Meridional y se deslizáran en el valle por el Oeste y el Sudoeste. Otros señalan como cuna de los egipcios el centro de Africa,

y dicen que encontraron en su patria nueva una raza negra, y fueron acrecentados más tarde por pueblos asiáticos que se infiltraron por el desierto hasta los pantanos del Delta. Lo

cierto es, que sean quienes sean los antepasados varios de los egipcios que conocemos, apenas llegados á las riberas del Nilo fueron conquistados en seguida por el país y asimilados á él. En el momento de empezar su historia



El juicio de los muertos. (Pintura mural.)

para nosotros, cinco ó seis mil años antes de nuestra Era, ya se habían fundido en un solo pueblo, que poseía una civilización uniforme y hablaba la misma lengua de un extremo á otro de la comarca.

Este idioma parece que pertenece á la misma familia que el berberisco y sus dialectos, ó las lenguas mal estudiadas que se emplean hoy por varias tribus del desierto egipcio y del Sudán. Muchas de sus raíces pertenecen al tipo hebreo-araméo, y su constitución gramatical está relacionada con el hebreo y el siríaco. El tiempo más sencillo y antiguo de la conjugación está compuesto de pronombres subfijos idénticos á los de los semitas. Realmente el egipcio y las lenguas semíticas, después de haber formado parte del mismo grupo, se separaron cuando se estaba formando su sistema gramatical y brotaron de un modo muy diferente los elementos que les eran comunes. Mientras el egipcio y otras lenguas proto-semíticas se detenían en su desarrollo, las semíticas prosiguieron el suyo durante largos siglos antes de alcanzar su forma actual, de modo que si hay una relación evidente de origen entre la lengua egipcia y las asiáticas, es bastante remota para dar á aquel pueblo fisonomía propia.

Cuando las tribus de lengua semítica llegaron al país, éste debía de presentar la imagen de la desolación. Abandonado el río á su capricho, cambiaba cons-

tantemente de lecho. Nunca llegaban las inundaciones á ciertos rincones del valle, y en otras partes se estancaba con tal persistencia, que convertía el suelo en cenagales apestosos. El Delta era un inmenso pantano sembrado de algunas islas arenosas y cubierto de papiros,

lotos y cañaverales. En ambas riberas, el desierto invadía todo lo que no cubría anualmente la inundación y se pasaba de golpe desde la vegetación desordenada de los fangales tropicales á la más absoluta aridez. Poco á poco aprendieron los recién venidos á reglamentar el río, á ponerle dique, á

canalizarlo para llevar la fertilidad hasta las regiones más apartadas del territorio. Salió entonces Egipto del lodo y fué en manos del hombre una de las comarcas mejor apropiadas al desarrollo apacible de una gran civilización.

Duró mucho el período de formación del suelo y del pueblo: unos tres y cuatro mil años, según los cálculos más moderados de los sabios contemporáneos. Habitaban los egipcios en cabañas bajas, construidas con árboles ó ladrillos secados al sol, con una sola habitación rectangular, sin más abertura que la puerta. Sólo los ricos poseían viviendas bastante grandes para que hubiera que sostener el techo por medio de una columna ó dos. El mobiliario se componía de vajilla de tierra modelada á mano, cuchillos y raspadores de pedernal, esteras de caña ó paja trenzada, dos piedras chatas para moler el grano, algunos cofres y taburetes, y tarugos de madera que servían de almohadas. La alfarería ordinaria era pesada, y, generalmente, sin adornos. Solía ser de dos colores:



Esclavos negros atados del cuello. (Pintura mural.)

el cuerpo de la vasija de tierra roja, brillante, pulimentada con piedra, y el fondo y el cuello